

Objetos relacionados con la producción de hilaturas y telas. Arriba, fusayola decorada con estampillados circulares. Abajo, pesa de telar completa (Fotografías de Equipo Monte Bernorio).





Parte superior móvil (*meta*) de molino circular (Fotografía de Equipo Monte Bernorio).

La piedra se emplea con abundancia en la elaboración de molinos con los que se muelen bellotas y granos de diferentes tipos de cereales para obtener harina. Los hay de dos tipos: molinos barquiformes (también llamados “metates” o molinos de vaivén) y molinos circulares. El primero se compone de un bloque de piedra con una superficie plana regularizada sobre la que se coloca el grano a moler y se frota o muele con una segunda piedra más pequeña. El segundo consta de dos piedras circulares con un eje central que se acoplan encajando una sobre otra, de tal forma que la piedra inferior (denominada *catilus*) permanece inmóvil y la superior (denominada *meta*) se mueve en sentido circular para moler. Para los molinos se buscan piedras ásperas como conglomerados o areniscas duras con grano fino y se elaboran en tamaños pequeños (30-50 centímetros), ya que su destino es ser empleado de forma individual en cada cabaña. Cada familia tiene uno o dos molinos que las mujeres emplean de forma cotidiana para moler los distintos productos, en un trabajo de varias horas de duración.

Piedras para cocinar: las *piedras calientes*

También se han encontrado numerosas bolas de piedra, de caliza en su mayor parte, de pequeño tamaño. En algunos casos se trata de fósiles de erizo de mar retocados

para acentuar su apariencia esférica, que son muy abundantes en los estratos calizos de la montaña del Bernorio. R. Moro, en la primera excavación en el interior del recinto del *oppidum* de Monte Bernorio, menciona este tipo de bolas de piedra encontradas en lo que para él son los restos de una vivienda destruida: “...*Encontramos en ella una tinaja cuya boca y fondo recogimos, gran número de bolitas de piedra perfectamente redondas, algunas fíbulas, etc.*”⁽³⁹⁾. J. San Valero también recoge el hallazgo de un número indeterminado de bolas de piedra de entre 2,5 y 3 centímetros de diámetro⁽⁴⁰⁾.

Para estas pequeñas bolas de piedra se han propuesto diversos usos, entre ellos que fueran proyectiles de honda. El más interesante es el que se refiere a su empleo para cocinar, denominado *pedras calientes*. Las piedras serían calentadas en el fuego del hogar y después se introducirían en el recipiente empleado para cocinar⁽⁴¹⁾. Con este procedimiento sería posible calentar el contenido sin que resultase necesario que el contenedor fuese de material ignífugo. Así resultaría posible cocinar en contenedores de madera o de cuero y también mantener los alimentos calientes una vez el puchero había sido retirado del fuego. Este modo de cocer alimentos es probablemente el más antiguo conocido, empleándose desde época paleolítica.

En el ámbito arqueológico resulta relativamente frecuente la aparición de cantos rodados de pequeño y mediano tamaño en contextos de hogares. Esto ocurre en el poblado de Atxa (Vitoria, Álava) donde se ha recuperado un conjunto de lo que se interpreta que eran *pedras calientes*, muchas de ellas cantos rodados⁽⁴²⁾. También hay esferas de piedra de este tipo en los ajuares de la necrópolis de Miraveche (Burgos) expuestos en el Museo Arqueológico Provincial de Burgos. En el yacimiento de la Hoya (Laguardia, Álava) se recuperaron bolas tanto de piedra como cerámicas, y una gran cantidad de estas esferas aparecieron dentro de recipientes cerámicos⁽⁴³⁾.

Puede que las bolas de cerámica no fuesen empleadas para cocinar, o al menos no en todos los casos, pero están presentes en algunos de los yacimientos más importantes de la Meseta norte. Bolas de este tipo han aparecido en la necrópolis de Las Ruedas (Padilla de Duero, Valladolid), destacando en la Tumba 38 un conjunto de 13 de estas esferas⁽⁴⁴⁾. También en la necrópolis de Numancia se han recuperado hasta 14 canicas de cerámica entre los ajuares de las tumbas, aunque los hallazgos han sido mucho más frecuentes en el interior del poblado, en ámbitos domésticos. En

(39) Moro 1891: 435.

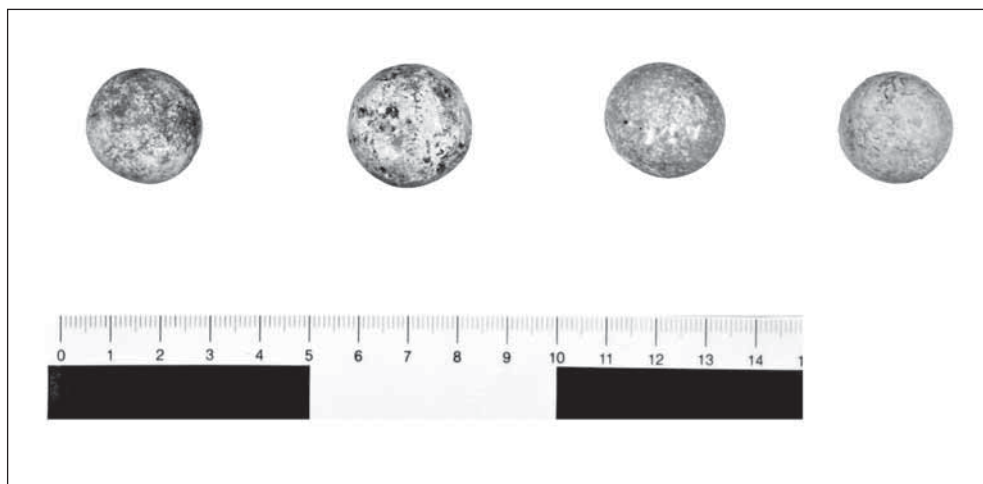
(40) San Valero 1960: 29, 32.

(41) Barandiarán y Manterola 2000: 739.

(42) Gil Zubillaga 1995: 164-165.

(43) Llanos 2002: 79 y fig. 74, 2005: 25 y fig. 46; Gil Zubillaga 1995: 164-165 y fig. 23.

(44) Sanz Mínguez 1997; Almagro-Gorbea, Mariné y Álvarez 2001: 424, 34.



Bolas de piedra recuperadas en las excavaciones (Fotografía de Equipo Monte Bernorio).

general, la presencia de este tipo de objetos resulta muy frecuente en los yacimientos del ámbito de la Celtiberia, con hallazgos de hasta centenares de estas bolas⁽⁴⁵⁾. También en yacimientos protohistóricos de otras partes de Europa como Irlanda, Suecia y otros países, se han encontrado este tipo de piedras, que frecuentemente son cantos rodados de cuarcita o bolas de otros materiales muy compactos⁽⁴⁶⁾.

Restos de animales y útiles y objetos de hueso

Los restos de fauna recuperados nos indican la importancia de la economía ganadera y el buen aprovechamiento del potencial que, desde el punto de vista pastoril, poseen los entornos de montaña del norte de la Península Ibérica⁽⁴⁷⁾. Se detectan indicios de dos tipos de cabañas:

- Animales que se crían en el entorno doméstico, en el núcleo y en sus inmediaciones, para desarrollar los trabajos cotidianos, el transporte y atender al sustento familiar. Se trata de un grupo pequeño de animales: bueyes (*Bos taurus*), caballos (*Equus caballus*), cerdos (*Sus domesticus*), cabras (*Capra hircus*), gallinas (*Gallus gallus*) y perros (*Canis familiaris*) en un número reducido por cada familia⁽⁴⁸⁾.

- Animales para la producción de carne y materias primas, formada por grandes rebaños que se desplazan por el territorio en un régimen de trasterminancia vertical.

(45) Jimeno *et al.* 2004: 57, 67, 71, 117, 292 y figs. 33, 37 nos. 10-19 y 77; Jimeno *et al.* 2005: figs. 109, 110 y 111.

(46) Reynolds 1996, Wood 2000; Torres-Martínez 2011a: 162-163.

(47) Torres-Martínez 2003: 154-158, 184-200, 2011a: 107-137; Torres-Martínez y Sagardoy 2004.

(48) Torres-Martínez 2003: 173-184, 2011a: 107-108, 126-129.



Extremidad completa de vacuno, una conserva de carne o “jamón de vaca” (Fotografía de Equipo Monte Bernorio).

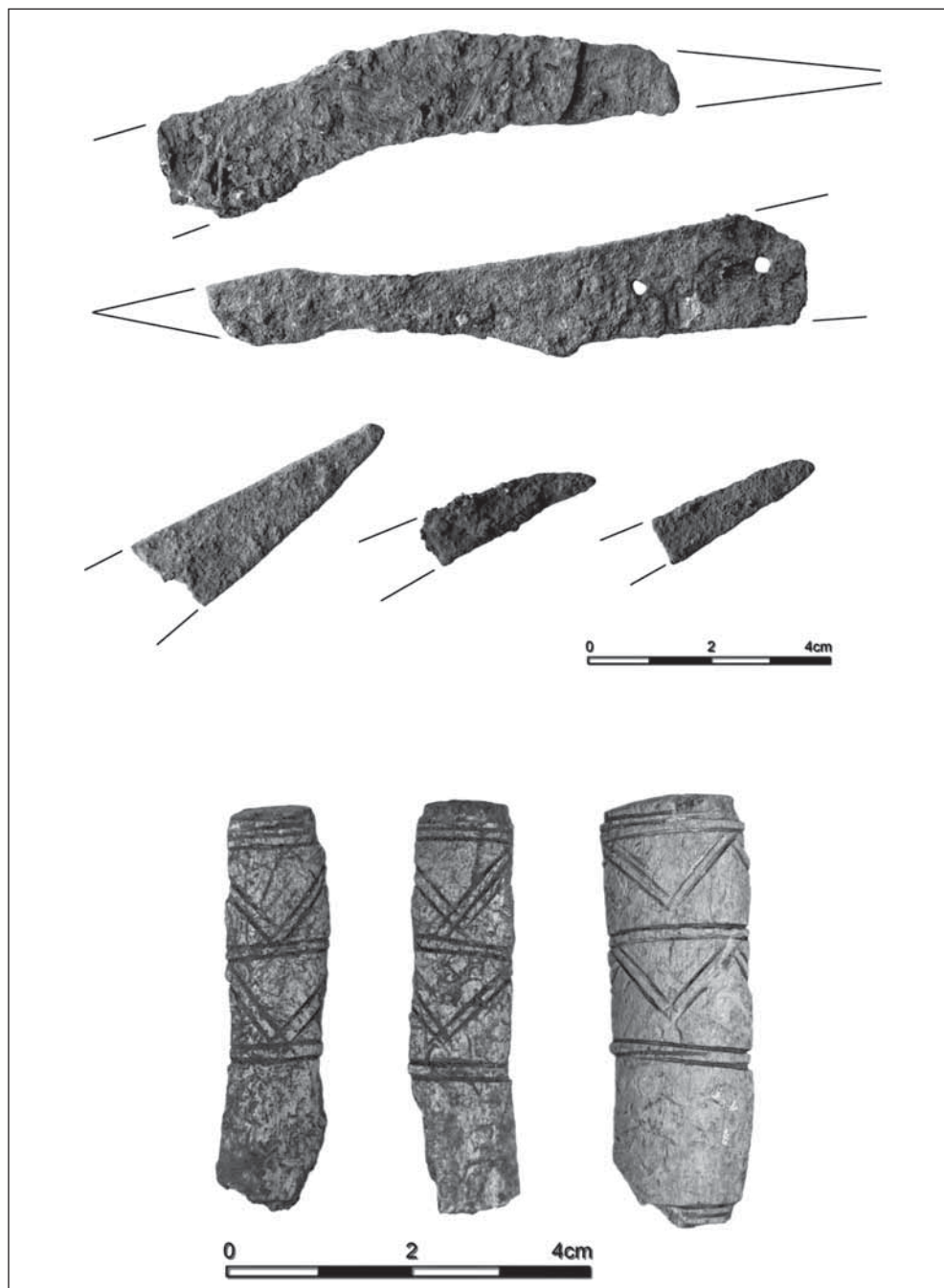
Se componen de ovejas (*Ovis aries*), vacas (*Bos taurus*), y con una especial importancia de caballos (*Equus caballus*), formando grandes rebaños, custodiados probablemente de forma colectiva. Forman la reserva económica de las familias y del grupo y constituyen una parte muy importante de los recursos comunales⁽⁴⁹⁾.

Los restos de los animales y la información obtenida a través de su análisis nos permiten conocer la estrategia de crianza y las pautas de sacrificio. Estas indican una elección de las víctimas con criterios de selección de machos y hembras para la reproducción de los rebaños, el aprovechamiento de la carne y la obtención de materias primas como la lana y la leche y sus derivados. Los restos, muy abundantes, de huesos con marcas del despiece de las reses nos permiten conocer también el aprovechamiento cárnico de los animales. Las reses de gran tamaño, como las vacas (*Bos taurus*) y las ovejas (*Ovis aries*), se despedazaban aprovechando las piezas más grandes de carne para la elaboración de conservas, obtenidas por secado/salado y ahumado y curado⁽⁵⁰⁾.

Se ha recuperado una conserva de una pata de vaca completa (un jamón de vaca) y restos de varias más, aproximadamente una decena, en menos de 100 m² de superficie excavada en el área sur, en el nivel de destrucción del final de la Segunda Edad del Hierro. Todos los restos han ardido, con su carne y grasa, en el incendio que destruyó la ciudad. Esto indica una abundancia de carne en conserva, probablemente con relación al conflicto bélico que se avecinaba. Además se han encontrado evidencias de una dieta cárnica muy variada, con consumo de animales domésticos como vacunos

(49) Torres Martínez 2003: 158-173, 2011: 107-108, 126-129.

(50) Torres Martínez 2005: 50-58; 2011: 152-159.



Fragmentos de cuchillos de hoja curva o “afalcados” y algunos mangos de hueso decorados (Ilustración de Santiago D. Domínguez-Solera de Equipo Monte Bernorio).

(*Bos taurus*), cerdos (*Sus domesticus*), ovejas (*Ovis aries*), cabras (*Capra hircus*), gallinas (*Gallus gallus*), caballos (*Equus caballus*) y perros (*Canis familiaris*). También cazaban y consumían ciervos (*Cervus elaphus*), corzos (*Capreolus capreolus*), jabalíes (*Sus scrofa*) y osos (*Ursus arctos*) y pescaban y comían peces y almejas de río (*Unionidae*, *Margaretifera*). Igualmente, se han encontrado restos de gatos (*Felix catus*), ratones (*Mus musculus*, *Apodemus*), mustélidos (*Mustelidae*) y aves.

Los útiles y objetos elaborados en hueso resultan también relativamente frecuentes, si tenemos en cuenta lo frágiles que resultan al paso del tiempo. En su mayor parte se trata de enmangues realizados con los huesos de las extremidades, más largos y duros, para hoces, machetes y cuchillos. Los enmangues de estos últimos, en ocasiones, presentan decoración grabada. También se han encontrado restos de cuernas de ciervo (*Cervus elaphus*) en proceso de ser transformadas en enmangues para cuchillos. Estas cuernas proceden tanto de animales cazados como del desmogue de estos animales. En los yacimientos de la Edad del Hierro se recuperan habitualmente restos abundantes de este tipo de objetos en hueso, a los que solo recientemente se les ha comenzado a prestar la atención que merecen. De otro lado, debemos considerar la existencia de manufacturas en cuero y pieles, aunque su conservación sea solo excepcional y en el Bernorio no hayamos identificado este tipo de restos⁽⁵¹⁾.

Herramientas y objetos metálicos

Los objetos metálicos recuperados en el Bernorio son abundantes y variados, y entre ellos encontramos los que han resultado más expresivos y característicos de este yacimiento: los puñales de tipo “Monte Bernorio”. Pero además de estas piezas y los restos de armamento que les acompañan hay otros muchos objetos de bronce y hierro con los que se elaboraban útiles, herramientas y objetos de adorno. Son numerosas las piezas aparecidas en las excavaciones antiguas, pero también en las actuales intervenciones se han recuperado una gran cantidad de objetos metálicos. Muchos de estos mantienen muy buenas condiciones de conservación, pese al tiempo transcurrido y las vicisitudes por las que ha pasado el yacimiento⁽⁵²⁾.

En bronce destacan especialmente los objetos de adorno. Tenemos fíbulas completas o casi completas, además de fragmentos de resortes y agujas de fíbulas. Las fíbulas son prendedores, similares a grandes alfileres de resorte o “imperdibles” elaborados con distintos diseños y elementos decorativos. También hemos encontrado varias anillas de distintos diámetros y un brazalete completo, a los que hay que sumar

(51) Castiella 1994; Torres-Martínez 2005: 103-110, 183-186.

(52) San Valero 1944, 1960; Torres-Martínez y Martínez 2012.



Objetos personales encontrados en Monte Bernorio. Arriba, prendedor o fibula de pie vuelto en bronce. Abajo, navaja de afeitar, con enmangue en asta (Fotografías de Equipo Monte Bernorio).



de la guerra. El 13 de agosto son los falangistas, en concreto un comando dirigido por el capitán Lorenzo Ramírez y conocido como *Los hijos de la noche*, los que rebasan el pueblo de Canduela, al abrigo de la noche, y se apuestan en la carretera que conduce a Mataporquera. Allí esperan hasta que a las seis de la madrugada hace su aparición un vehículo en el que sospechan que pueden viajar algunos dirigentes del Frente Popular. Tras disparar contra él y hacer que se estrelle en las inmediaciones, los falangistas emprenden su viaje de regreso hacia Aguilar.

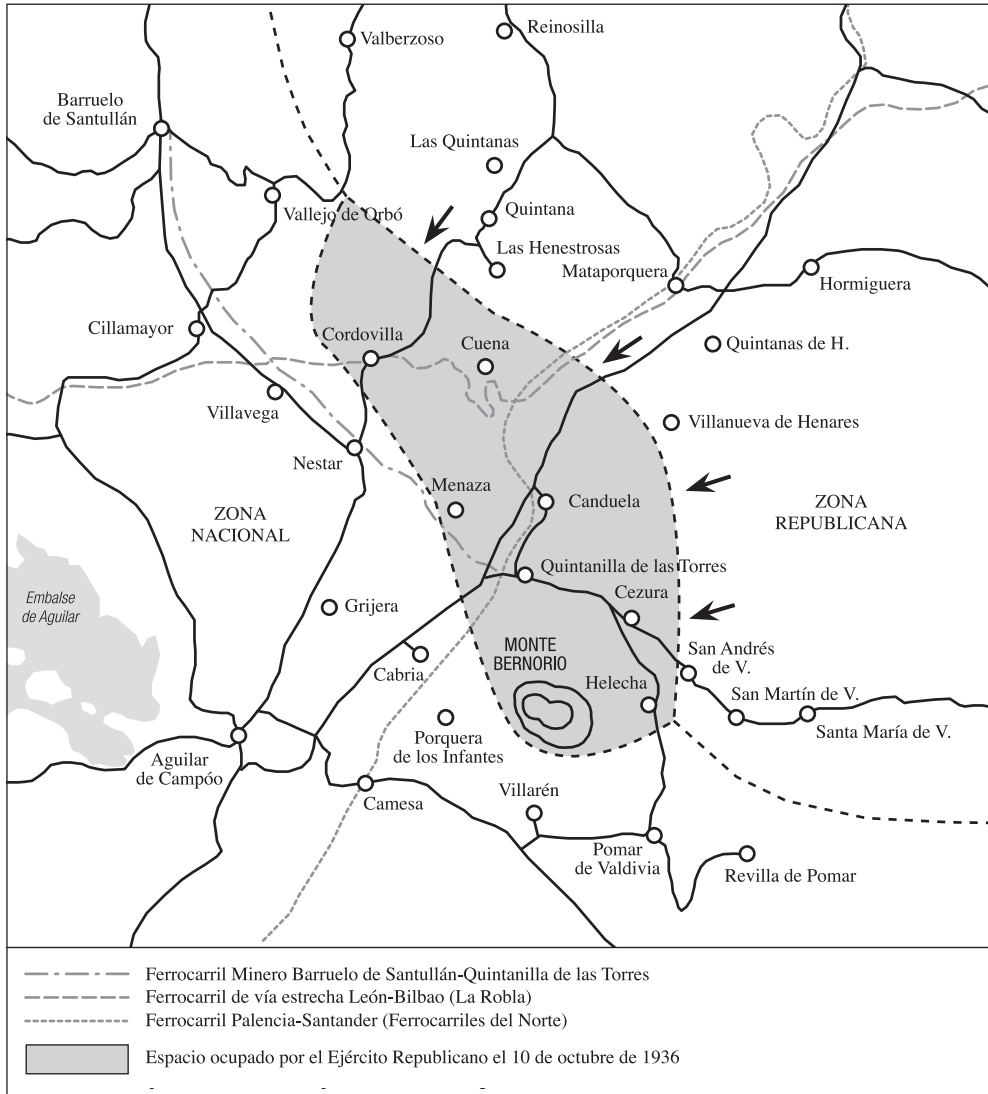
La siguiente operación de importancia se produce el 29 de agosto, cuando los nacionales desalojan al enemigo de las cumbres del Cotejón y del Sestilón, que por el este dominan Barruelo de Santullán. Como movimiento complementario de esta maniobra sale de Aguilar una columna formada por falangistas y soldados del Regimiento de Villarrobledo, que se desplazan hasta Quintanilla de las Torres y Canduela con el propósito de distraer fuerzas al adversario, para evitar que puedan ser enviadas al sector de Barruelo, donde se desarrolla el ataque principal. Una vez conseguido su objetivo y después de intercambiar disparos con el enemigo, la columna regresa a su punto de partida.

Algunos días después, el 11 de septiembre, los nacionales vuelven a atacar en la sierra de Barruelo y consiguen apoderarse del Cocoto, fracasando por el contrario en su intento de hacerse con el Terena. Al igual que había sucedido en la ocasión anterior, la operación incluye un avance hacia la zona de Quintanilla con el propósito de entretener efectivos al enemigo. La columna movilizada alcanza de nuevo el pueblo de Canduela, donde permanece hasta las cinco y media de la tarde, momento en el que emprende su retirada. La principal consecuencia de este movimiento es el establecimiento en el pueblo de Cabria de un destacamento permanente. La primera guarnición emplaza en esta localidad es una compañía dirigida por el teniente Mansilla y dotada con dos ametralladoras y un fusil ametrallador. Durante algunas semanas, las tropas establecidas en Cabria mantienen también el control de la vecina localidad de Quintanilla de las Torres y realizan sucesivas expediciones de reconocimiento, en el transcurso de las cuales comprueban el correcto mantenimiento de las instalaciones ferroviarias.

La efímera ocupación republicana del monte Bernorio

A comienzos del mes de octubre, después de la llegada a Santander de un importante cargamento de armas a bordo del buque ‘Azteca’, los republicanos deciden lanzar una ofensiva en el frente de Aguilar-Mataporquera. Su objetivo principal es interceptar la línea de ferrocarril que desde Barruelo llega a Quintanilla de las Torres, para impedir así el transporte de carbón desde la población barruelana. Hay que tener en cuenta que el carbón era el combustible principal de la época y que, al quedar la región asturiana en manos republicanas, los nacionales tenían muy limitado su abas-

Ofensiva republicana (10 de octubre de 1936)



Ofensiva realizada por diversas columnas republicanas al amanecer del 10 de octubre de 1936. En esa jornada fueron ocupados pueblos como Cordovilla, Menaza, Quintanilla de las Torres y Helecha de Valdivia, además del monte Bernorio.

tecimiento de este mineral. Por este motivo, dificultar la explotación de las minas de hulla del valle de Santullán suponía un objetivo estratégico de innegable interés.

La operación efectuada por los republicanos comprende un avance simultáneo de varias columnas a lo largo de una línea de aproximadamente diez kilómetros. Esa

línea abarcaba desde el pueblo de Cordovilla, en el extremo oeste, hasta el de Helecha de Valdivia, en el límite oriental. Se trataba, en realidad, de ocupar una tierra de nadie que hasta entonces sólo había sido espacio para las correrías circunstanciales de unos y otros, pero que sin embargo había cobrado un importante valor.

El ataque comienza poco antes del amanecer del 10 de octubre. Las columnas republicanas, tras partir de la zona de Mataporquera, realizan un rápido avance hasta alcanzar sus objetivos. Los milicianos se apoderan con facilidad de Cordovilla, Menaza, Quintanilla de las Torres, Helecha y monte Bernorio. Los mandos nacionales de Aguilar, al ser informados de la maniobra, movilizan de inmediato a sus tropas y es entonces cuando se producen los enfrentamientos más duros, sobre todo en las inmediaciones de Cabria y Nestar. El combate se prolonga durante varias horas. Los nacionales tratan de desalojar a los republicanos, pero éstos consiguen hacerse fuertes en las posiciones que han conquistado y rechazan el contraataque. En torno a las seis de la tarde, tras diez horas de enfrentamiento, decae la frecuencia de los disparos. Los republicanos han logrado al fin su primera victoria significativa en este frente y han propiciado un golpe importante al enemigo. El principal éxito de su operación es la interrupción de tres vías de comunicación utilizadas hasta entonces por los nacionales: la carretera de Aguilar a Barruelo, el ferrocarril de Barruelo a Quintanilla, que permitía la salida del carbón hacia la zona nacional, y la carretera de Aguilar a la provincia de Burgos. Cada una de estas vías queda a tiro de las posiciones conquistadas por los republicanos. Como consecuencia de este ataque, los nacionales se ven obligados a reorganizar sus defensas a toda velocidad. El 13 de octubre una centuria de Falange es destinada a ocupar el pueblo de Porquera de los Infantes, con la misión de proteger el flanco derecho de Cabria, amenazado por la inquietante aparición de sus oponentes en el Bernorio.

Los nacionales se apoderan del Bernorio

Tras la ocupación del Bernorio por parte de los republicanos, la situación resulta muy comprometida para los nacionales en la zona que va desde Aguilar hasta la provincia burgalesa. La presencia de los milicianos en la cima del monte les permite interrumpir con su fuego la circulación entre el norte de Palencia y Burgos, lo que supone desconectar una vía primordial para los sublevados. Además, su dominio de la estratégica altura les sitúa en inmejorables condiciones para lanzar una ofensiva sobre los pueblos cercanos, como Cabria, Porquera, Villarén, Revilla y Pomar, sin olvidar la situación de vulnerabilidad en la que ha quedado la estación de ferrocarril de Camesa, de gran importancia para los nacionales para el transporte de hombres y armamento. Enfrascados como habían estado en la disputa por las principales po-



Imagen de Porquera de los Infantes, en primer plano. Los nacionales se vieron obligados a enviar una centuria de Falange a este pueblo el 13 de octubre de 1936, para cubrir la amenazante presencia de los milicianos republicanos en el monte Bernorio.

blaciones y por las vías de comunicación, el monte Bernorio había pasado desapercibido para los dos bandos durante los primeros meses de la guerra, pero tras su ocupación por parte de los republicanos los nacionales comprenden al momento la importancia que aquel enclave puede llegar a tener.

Y eso a pesar de que los republicanos, tan limitados en efectivos y en armas como sus enemigos en aquellos momentos, no habían ocupado el Bernorio movidos por ambiciosos propósitos ofensivos. Su asentamiento más bien pareció obedecer al deseo de fijar un puesto avanzado de carácter defensivo que asegurase la protección de Helecha del Valdivia y, por extensión, de la carretera de Valderredible. Que los mandos militares de Santander no habían concebido grandes maniobras en torno al monte Bernorio lo demuestra el hecho de que, una vez ocupado, destinaran allí a miembros del denominado Batallón Malumbres, una fuerza bisoña formada por jóvenes voluntarios que acababa de ser enviada al frente tras recibir una breve formación y que carecía de la más mínima experiencia en el combate⁽¹⁾.

(1) Esta unidad fue así denominada en recuerdo del periodista santanderino Luciano Malumbres, asesinado pocos meses antes por pistoleros falangistas.

Sea como fuere, pronto comprendieron los nacionales al ver a sus enemigos en la cumbre del Bernorio la indudable importancia de ese monte y la amenaza que en sus manos representaba. Para neutralizar aquel peligro, diseñaron con urgencia una ofensiva encaminada a la conquista de la posición. El propósito de esta maniobra, de acuerdo a la documentación de la Comandancia de Palencia, era “*impedir tenga vistas el enemigo sobre nuestra retaguardia, defensa de la carretera Aguilar-Burgos y [establecer un] fuerte punto de apoyo para la defensa del valle de la Valdivia y su enlace a Burgos*”⁽²⁾. La fuerza elegida para realizar el ataque fueron dos escuadrones del Regimiento de Villarrobledo, reforzados por una sección de ametralladoras y dirigidos por el comandante de Caballería Dámaso Sanz.

La operación comienza con una prolongada maniobra de aproximación. Para que sus movimientos no sean detectados por el enemigo, los nacionales emprenden su marcha en Aguilar de Campóo a las cero horas del día 17 de octubre. Subidos en nueve camiones y en un coche, los soldados de Villarrobledo son conducidos por la carretera de Mave hasta la localidad de Valdegama, donde descienden de los vehículos y comienzan una marcha a pie hasta Pomar de Valdivia. Desde esta localidad, a continuación, inician el ascenso al Bernorio a través de su flanco sureste. El avance final de las tropas, realizado con el mayor sigilo y todavía de noche, se ve favorecido por la densa niebla que ese día cubre la zona. Ya en las inmediaciones de la cumbre, los asaltantes se despliegan y consiguen envolver a las defensas republicanas.

“Sin novedad se efectuó la marcha y al romper el alba ya se había conseguido colocar el grupo en línea, con las ametralladoras en el centro, en la última estribación del monte y, en un momento en que la niebla lo permitió, se dio la orden de asalto”⁽³⁾

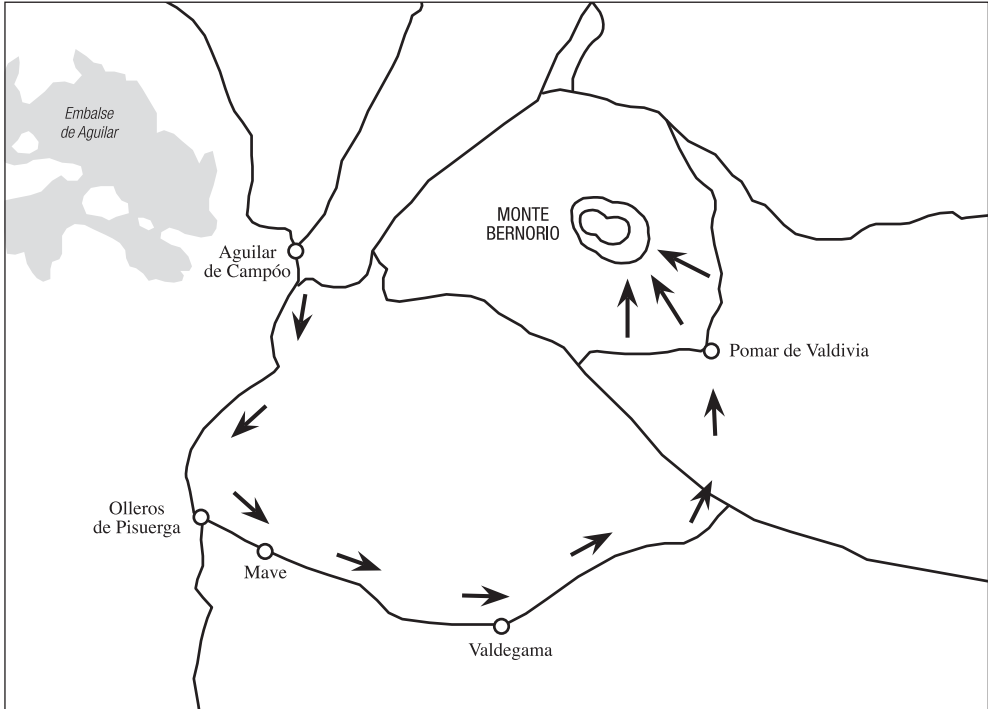
Con las primeras luces del día, a las 6:30 horas, los escuadrones del Regimiento de Villarrobledo se lanzan sobre la cumbre del Bernorio. Los milicianos del Batallón Malumbres no han conseguido detectar su aproximación y se ven totalmente sorprendidos. Incapaces de ofrecer una mínima resistencia y asustados, los combatientes republicanos abandonan la posición de manera desordenada. En apenas unos minutos, los asaltantes han logrado su objetivo y dominan uno de los emplazamientos más estratégicos de todo el frente.

“Se cogieron al enemigo fusiles nuevos de los llamados americanos, cajas de municiones, cajas de bombas de mano en forma de piña y muchas mantas, una tien-

(2) Archivo General Militar de Avila (AGMAV): c. 1.764, cp. 20.

(3) AGMAV: c. 1.764, cp. 20.

Conquista del Bernorio por las tropas nacionales (17 de octubre de 1936)



Ruta seguida por los soldados del Regimiento de Villarrobledo en la madrugada del 17 de octubre de 1936, antes de efectuar su ofensiva sobre las posiciones republicanas del Bernorio. Tras ser transportados en vehículos a Valdegama, siguieron después a pie hasta las inmediaciones del Bernorio, donde se desplegaron antes de realizar el ataque.

da de campaña y víveres de todas clases de excelente calidad, excepto el pan que era casi incomible”⁽⁴⁾

La decepcionante defensa del Bernorio por parte del Batallón Malumbres es comentada en sus memorias por el capitán Eloy Fernández Navamuel, piloto republicano que poco tiempo después recibiría el mando del sector de Reinosa.

“El enemigo contraatacó (...) en el monte Bernorio, cuya posición logró arrebatarnos amparándose en la niebla y en la sorpresa de sus defensores, que formando parte de un nuevo batallón enviado de Santander, abandonó la defensa de la posición que se le había encomendado sin disparar un solo tiro, y menos mal que la

(4) AGMAV: 1.764, cp. 20.

LOS TEJEROS DEL CONCEJO DE LLANES EN LA MONTAÑA PALENTINA

Además de trabajar en Dehesa de Montejo, los tejeros del Concejo de Llanes estuvieron presentes en otros muchos pueblos de la Montaña Palentina. El buen hacer de los tamargos llaniscos era muy apreciado por los dueños de las numerosas tejas de las tierras norteñas. Algunas de las localidades a las que acudieron fueron Guardo, Villanueva de Arriba, Santibáñez de la Peña, Pisón de Castrejón, Congosto, Ligüérezana, Saldaña o Villarén de Valdivia. Su paso por esas poblaciones ha quedado recogido a través de diversos autores y testimonios.

Guardo

Según detalla Jaime G. Reyero, la tejera de Guardo funcionó desde hace siglos en un paraje al que dio nombre y que se encuentra a la salida del pueblo, en dirección a Santibáñez⁽⁴⁾. Hoy, en su solar se levantan unos bloques de viviendas. En 1750, contaba Guardo con tres hornos alfareros y un tejar, industria artesanal que era propiedad común de la villa guardense y de los pueblos de su Jurisdicción: Velilla, Otero, Mantinos y Villaba. El dinero logrado con su arriendo era repartido entre los cinco pueblos.

Algunas décadas más tarde, en 1832, la tejera de Guardo fue arrendada por un periodo de cuatro años al maestro asturiano Santos de Ojeda. Las condiciones establecidas en aquel contrato eran las siguientes:

1. El tejero tendría que proporcionar cuanta teja necesitaran los vecinos de la Jurisdicción al precio de 20 reales el carro, y los ladrillos a 26 reales.
2. La teja proporcionada a los vecinos debía ser de buena calidad. En caso contrario tendría que indemnizarles.
3. Las reparaciones que fuera necesario realizar en la tejera, lo serían por cuenta del tejero, a excepción de las que afectasen a las puertas de la caseta, que corrían por cuenta de la Jurisdicción.
4. El tejero podría realizar gratuitamente dos labranzas para su uso en las tierras de la tejera.
5. El tejero entregaría a Guardo dos carros de tejas para la Casa del Concejo, sin recibir a cambio pago alguno.
6. En los cuatro años que duraría el arriendo de la tejera, el maestro tejero se comprometía a pagar a la Jurisdicción una renta anual de 200 reales.

(4) García Reyero, Jaime: Guardo, sus gentes y su historia, Cultura & Comunicación, 2003, p. 240-242.

Doce años después de firmarse el citado contrato, en 1844, todavía seguía Santos de Ojeda desarrollando su trabajo en Guardo. Por aquel entonces el edificio de la tejera estaba en tan mal estado que los pueblos de la Jurisdicción decidieron tirarlo y hacer otro nuevo. En el contrato firmado ese mismo año con el maestro asturiano le fue impuesta la obligación de usar arcilla de Las Barreras, un paraje situado en las inmediaciones de la subida al Cristo del Amparo. Esa era la tierra que durante mucho tiempo habían utilizado los alfareros guardenses. En cuanto a las tejas, debía venderlas a 18 reales el carro y pagar por la concesión una renta anual de 400 reales. Además se añadió una cláusula para que su caballería pudiera pastar en los prados comunales de los cinco pueblos.

Durante el periodo de cuatro años que abarcaba este nuevo contrato, el maestro tejero se comprometía a elaborar un total de 70.000 tejas para los cinco pueblos de la Jurisdicción, distribuidas de la siguiente forma: tres hornos de tejas para Guardo, otros tres para Velilla y dos para cada uno de los otros pueblos. En caso de no poder suministrar la cifra de tejas acordada, tendría que recurrir a otro tejero para cumplir lo firmado. Si, por el contrario, existían tejas sobrantes, podría venderlas a otros pueblos.

Sin embargo, no debió ser aquel un buen año para el tejero, ya que al llegar diciembre sólo había pagado 320 reales y aseguraba que no tenía más dinero. Y además tenía que volver a su tierra y no le quedaba ni un real. Ante esta situación,

Imagen actual de Guardo, pueblo en el que la presencia de los tejeros asturianos está documentada a partir de los años treinta del siglo XIX.



los pueblos le rebajaron la renta en 40 reales para que pudiera desplazarse hasta Asturias. Al año siguiente, en 1845, de nuevo Santos de Ojeda volvió a pedir una rebaja en el alquiler, asegurando que los temporales sufridos no le habían dejado trabajar como tenía previsto. Los concejales, tras nombrar una comisión para estudiar el caso, accedieron a rebajarle la renta en 50 reales, pero sólo ese año y por las circunstancias especiales mencionadas.

En 1850, el arrendatario de la tejera había pasado a ser el maestro asturiano Juan Antonio González. Ese año hubo reclamaciones de varios vecinos, que denunciaron que las tejas se rompían con facilidad y no aguantaban las heladas. El tejero se defendió alegando que había sido un mal año y que, además, al llegar a Guardo la tejera estaba en muy malas condiciones y había tenido que recomponer el horno, tras haberlo encontrado arruinado. Por todos estos motivos, solicitó que le autorizasen a subir el precio de la teja.

Los alcaldes de los pueblos estudiaron lo ocurrido y acordaron que el tejero debía aumentar el grosor de la teja y hacer marcos o moldes más grandes. Además, le fijaron un precio de 17 reales para el carro de teja. En atención al tiempo que había tenido que emplear para realizar los arreglos del horno, le rebajaron el importe de la renta anual, que pasó de 250 a 200 reales. El maestro tejero debía cumplir el contrato firmado, respondiendo con sus bienes y con su persona.

Jaime G. Reyero aporta algunos datos más de la tejera de Guardo y señala que, además de las tejas, se elaboraban allí baldosas, canalones y ladrillos, aunque en menor cantidad. Todos esos productos podían los tejeros venderlos libremente. Respecto al arriendo de la tejera, el dinero ingresado se repartía de manera proporcional entre los distintos pueblos según su número de vecinos. Por ejemplo, en uno de aquellos años del siglo XIX la tejera fue alquilada por 244 reales, repartidos de la siguiente forma: Guardo 73 reales y 29 maravedíes, Velilla 59 reales y 26 maravedíes, Villalba 41 reales y 23 maravedíes y Mantinos y Otero, que tenían menos vecinos, 35 reales y 25 maravedíes cada pueblo. En 1891, la tejera fue arrendada a un precio de 150 pesetas anuales.

La Junta de los Cinco Pueblos dejó de existir en 1906 y, a partir de entonces, Guardo pasó a ser el dueño de la tejera. Desde ese momento, el maestro que la arrendaba no tenía que hacer un número determinado de tejas ni ajustarse a un precio fijado por contrato. En 1924 se produjeron fricciones entre el Ayuntamiento y el maestro tejero Francisco Díaz, que fue denunciado y multado por sacar arcilla de un camino de servidumbre y no del lugar convenido. Algunos años más tarde, en 1940, aún existía la tejera. Sin embargo, fue perdiendo poco a poco su actividad, hasta su muerte definitiva. Hoy solamente queda su nombre y su recuerdo.

Villanueva de Arriba

También en los pueblos de La Peña fue habitual la presencia de los tejeros asturianos, según ha podido documentar Luis Manuel Mediavilla. Este autor ha puesto de manifiesto la presencia de estos especialistas en las localidades de Villanueva de Arriba, la Estación de Santibáñez de la Peña y Pisón de Castrejón. Según comenta Mediavilla, *“la tejera de Villanueva de Arriba se hallaba en el término de San Pedro de Guantes, entre la ermita de San Pedro y el pueblo de Intorcisa. Allí estaba el horno y el yacimiento de la arcilla. Según me comentó Francisco Martín, recordaba haber oído a sus mayores que todos los años venían tejeros asturianos, de la zona de Llanes, y contrataban con el concejo. Él no recordaba haber visto nunca trabajar en aquella tejera, por lo que debía referirse a finales del siglo XIX o a los primeros años del siglo XX”*.

La Estación de Santibáñez

El mismo autor llegó a conocer la antigua tejera del barrio de la Estación de Santibáñez de la Peña, su pueblo natal. El testimonio que aporta sobre esa tejera es el siguiente:



Vista de Santibáñez, pueblo en el que las cuadrillas de asturianos trabajaron en la tejera de Raimundo Casares hasta finales de los años cincuenta.

“Estaba al norte de la localidad, más o menos detrás del ambulatorio, pasando la vía del tren. El propietario era Raimundo Casares Macho, un hombre muy emprendedor natural de Villafría. Tuvo un bar y un calero en su pueblo natal y después otro calero y la tejera en Santibáñez. Compró la tejera en torno a los años treinta y estuvo en funcionamiento hasta 1960, aproximadamente. Todos los años, con la llegada del buen tiempo, contratava a una decena de asturianos. En la tejera trabajaban además sus hijos y uno o dos hombres de la comarca. Los asturianos hacían toda su vida en las instalaciones de la tejera, allí vivían y comían y casi no tenían relación con la gente del pueblo. En la tejera se fabricaba ladrillo hueco, ladrillo macizo, teja y rasilla. En los ladrillos macizos ponía RC, las iniciales de Raimundo Casares. En una era que había junto a la tejera colocaban las tejas. Después ese lugar se utilizó para jugar las partidas de bolos. Los barracones y las naves de la tejera los tiraron y ya no queda nada”.

Pisón de Castrejón

Otro de las tejeras de La Peña que conocemos gracias a la investigación de Mediavilla es la de Pisón de Castrejón. Según un documento aportado por este autor, este pueblo contrató el 25 de abril de 1842 al maestro asturiano José Castro Blanco, procedente del pueblo de Villahormes, en el concejo de Llanes. El contrato establecía que el pueblo debía facilitar al tejero la leña necesaria y fijaba además que cada vecino tenía que entregarle un carro de brezos. Los habitantes de la localidad se comprometían también a ayudar *“dos mañanas”* en la construcción del horno y en el arreglo de la vivienda de los tejeros, aportando los de Pisón la piedra y la madera que fuera necesaria para esta labor.

El tejero asturiano, por su parte, se comprometía a entregar dos carros de teja a cada vecino a 17 reales el carro y otros cuatro carros gratuitos al Concejo. En el contrato, además, se acordaba que debía proporcionar al pueblo cuatro cargas de cal, referencia que lleva a pensar que el horno fue también empleado como calero. Esas cuatro cargas debía entregarlas gratis el tejero, *“sin más coste que traer la piedra que haga falta para las cuatro cargas”*⁽⁵⁾.

Congosto de Valdavia

Tenemos conocimiento de la tejera de este pueblo gracias al texto escrito por Andrés Manrique Campillo en su libro dedicado a la historia de la localidad. Los datos que aporta sobre el trabajo de los tejeros en Congosto son los siguientes:

(5) Una referencia a este documento aparece en Mediavilla de la Gala, Luis Manuel: Pisón de Castrejón, en Los Cuadernos de la Peña, número 13, Valladolid, 2008, p. 27. La copia del contrato ha sido facilitada por el mismo autor.

“En el siglo XVIII (1752) se indica que Congosto tenía un tejar, propiedad de Santiago González, que producía al año ciento cincuenta reales. Luego hubo hasta dos tejeras, una particular y otra del pueblo, que se arrendaba. La primera solía llevar en parte de las tejas el sello del propietario, de manera que todavía encontramos hoy tejas por los pueblos vecinos con inscripciones como estas: “me hizo Antonio Sánchez en Congosto el 26 de julio de 1854, el segundo día del pronunciamiento de esta villa”. Y en otras: “Victoriano Cosgaya, tejero en Congosto” y “Claudio, Congosto”.

Las tejeras estuvieron situadas en el campejo que lleva su nombre, Campejo de la Tejera, una cerca del río y la otra más arriba, hacia el norte, no lejos de un pequeño manantial.

El proceso de preparación y elaboración de la teja se realizaba con mucha sencillez. Una vez excavada la tierra, se echaba en una especie de pila o estanque donde se molía. A continuación se añadía agua y se amasaba hasta convertirla en barro. Éste se introducía en un molde, donde adquiría la forma adecuada. A continuación, todas ellas se colocaban a secar al sol y al aire. Tan pronto como se oreaban y secaban, eran introducidas en el horno ya preparado para cocer. Éste se atizaba con leña, urces y brezos.

El trabajo en la tejera quedaba limitado casi a la época estival, debido a la necesidad de sol para completar el proceso al aire. Por eso, dada la climatología de Congosto, el oficio de tejero era muy poco rentable. Corría por el pueblo un dicho que rezaba así:

Adobero, tejero, ¿cuánto ganas?

Muy poco, y si llueve, nada

En efecto, en el siglo XIX un carro de teja no valía más que 31 reales. Ocho carros de teja y 200 ladrillos valían 107 pesetas”⁽⁶⁾.

Aunque el autor no hace referencia a la presencia de trabajadores asturianos, parece normal que los hubiera en Congosto, al estar esta localidad rodeada de pueblos frecuentado por ellos durante muchos años.

Ligüérsana

Para conocer más detalles sobre la tejera que hubo en este pueblo contamos con el testimonio de Pristila Montero, una de las vecinas de mayor edad de la localidad.

(6) Manrique Campillo, Andrés.: Historia y vida de un pueblo de La Valdivia: Congosto, Palencia, 2001, p. 411.



José Luis Moreno, a la derecha, propietario de la tejera de Ligüérezana, en la que también trabajaron las cuadrillas de asturianos. Junto a él aparece fotografiado uno de los obreros contratados para la fabricación de las tejas.

“La tejera de Ligüérezana la llevaba un asturiano llamado Pepe que, a cambio, entregaba medio carro de tejas a cada vecino del pueblo. En algunos casos, como sucedía con nuestra familia, dejábamos pasar el agua para la tejera por una tierra de nuestra propiedad y nos daba un carro entero. Pepe se encargaba de contratar a los tejeros. Venían siempre de Asturias y dormían en la misma tejera, en un camastro que hacían con ramas y albares. Solían llegar al pueblo por Jueves Santo y, normalmente, eran unos siete u ocho.

Al iniciar su trabajo lo primero que hacían era extraer la tierra en la subida de La Lamilla. Después, con la ayuda de los vecinos del pueblo, la bajaban en carros hasta la tejera. Allí hacían una especie de pozo, en el que echaban la tierra y hasta donde guiaban el agua. A continuación, uno de ellos se metía dentro del pozo, para pisar la tierra y ‘amasarla’. La arcilla era después extraída y se le daba forma. Tenían un molde de madera para las tejas y otro para los ladrillos que, una vez elaborados, se extendían en el suelo para que se secaran al sol. Cuando ya estaban secos los cocían en el horno, colocando debajo los ladrillos y encima las tejas, por el peso.

El horno estaba hueco por debajo y allí echaban el carbón. Para remover las brasas empleaban unos hierros. El proceso de cocido y enfriado tardaba varios días y normalmente se hacían cinco o seis hornos por temporada.

Muchas veces los asturianos de la tejera estaban ya trabajando a las cuatro de la mañana. Descansaban los domingos, día en el que solían jugar a los bolos y pasar la tarde en la cantina con la gente del pueblo. Uno de los tejeros que venía a Ligüérezana, llamado César, se casó con una joven de la localidad y se quedó aquí a vivir, aunque años después se marcharon a otro lugar, cuando ya tenían dos hijos.

Cuando Pepe el asturiano dejó la tejera la cogió un vecino del pueblo, Esteban Moreno. Luego su hijo Manolo tuvo otra al pie de la carretera y cada uno llevaba una, aunque Manolo, al tener su padre la licencia de la localidad, tenía que coger la tierra en Valsadornín”.

La Pernía

También en los pueblos pernianos hubo algunas tejeras, como ponen de manifiesto las aportaciones realizadas por Laurentino Ruesga Herreros y M. Vicente Basterra. Según estos autores, existió una antigua tejera entre Tremaya y Redondo que estuvo en funcionamiento hasta finales del siglo XIX o principios del XX. Cuando esta tejera dejó de funcionar, los habitantes de Los Redondos y de los pueblos vecinos se abastecieron de una que había cerca de Salinas.

Hubo además otra tejera entre los pueblos de Lores y Areños, que fue el último lugar donde se fabricaron tejas en La Pernía. Estaba situada en un paraje que todavía hoy se conoce con el nombre de La Tejera y se mantuvo activa hasta bien entrado el siglo XX, por lo que la gente más mayor de Lores todavía la conoció en funcionamiento. Los autores citados señalan también que entre El Campo y Lebanza, cerca del antiguo camino que unía ambas localidades, existe otro paraje llamado Llana de la Tejera, nombre que sugiere que en un pasado más o menos remoto pudieron haberse fabricado tejas allí.

Valle de Castillería

En este valle hubo diversas tejeras que permanecieron activas hasta principios del siglo XX, aunque no hay constancia cierta de la presencia en ellas de los maestros asturianos. En Herrerueta de Castillería, según recuerda Moisés Cenera, hubo dos tejeras en el paraje conocido como La Dehesa, situado cerca de la ermita de la localidad. Estaban separadas por poca distancia y a una la llamaban la tejera vieja y a la otra la nueva. Moisés recuerda haber visto restos de tejas y de ladrillos macizos en el

LIGÜÉRZANA



Niños de Ligüérezana ataviados con motivo de una representación teatral y acompañados por su maestra que, debido a los escasos medios de transporte de la época, compartía vivienda con alguna familia del pueblo durante el curso escolar y sólo se desplazaba a su localidad de origen en los periodos vacacionales, lo que le permitía dedicarse a actividades lúdicas como ésta. En las largas tardes de invierno, finalizadas las clases, los niños ensayaban la obra que posteriormente representaban ante sus vecinos y familiares, e incluso en algunas ocasiones, en pueblos cercanos como Salinas. En la fila superior, de izquierda a derecha, Marisol Olea, Ana Mari Ruiz, Paulita Castillo, ¿?, Nieves, Rosa Paredes, ¿?, Maxi Mediavilla y la maestra. En la fila inferior, Paco Ramos, Antonino Merino, Jesús Ruiz, Mariano Roldán, Luis Ligüérezana, Cándido Ruiz, con sombrero de copa, Matilde Ramos, Esther Roldán, Concha, Vitor Mediavilla y sentado, con una guitarra, José Luis Moreno. La imagen fue realizada a finales de los años cuarenta.



Alumnos de la escuela de Ligüérsana en torno a 1941, con la maestra doña Margarita. Aparecen, entre otros, Octavio Mediavilla, Santiago Bedoya, Marcelino Cuenca, Pedro Vélez, Antonio ¿Alvarez?, Antonio Ligüérsana, ¿Eloísa Mediavilla?, José Ligüérsana, Pepa Ruiz, Amelia Ligüérsana, Benito Montero, ¿Paz Ruiz?, Juli Ligüérsana, Sagrario Mediavilla, ¿Vitor Mediavilla?, Maxi Mediavilla y Cándido Ruiz.

Alumnos de Ligüérsana junto al río, a finales de los cincuenta. Al fondo, se puede ver el paraje conocido como El Campo, en el que se encuentran las casas de Casimiro Montero y Maximino Bedoya, y la fragua del pueblo, ya desaparecida. En la parte izquierda destaca el centenario pino piñonero que aun hoy está en la huerta de Santiago Vélez. Los niños son, entre otros, Marisol Olea, Felicidad Roldán, Piedad Roldán, Rosa Ibáñez, Petra o Hortensia Arto, ¿Juli Rodríguez?, Manuel Pérez, Juanito Marcos y José Pérez. Debajo, Manuel Mediavilla, Rafael Mediavilla, Manuel Ibáñez y Marga Ibáñez.





A la izquierda: Casimiro Montero con su esposa Inocencia Mediavilla y su hija Faustina en brazos, con sus mejores trajes para la ocasión, en una fotografía tomada entre 1921 y 1922. El matrimonio tuvo diez hijos, de los que sólo tres (Antonio, Faustina y Pristila) superaron la niñez. Tanto la tasa de natalidad, como la de mortalidad infantil, eran muy altas debido a las deficientes condiciones sanitarias y alimenticias de la época. Casimiro fue agricultor y ganadero, como casi todos sus vecinos, pero compartía este oficio con los de albañil y carpintero, que proporcionaban un dinero extra a la familia.

A la derecha: Fotografía de estudio de Manuel Mediavilla con sus dos primeros hijos: Rafael y José (subido en la silla), en torno a 1926. Una fotografía era algo poco habitual en la época, sólo se hacían en ocasiones especiales, como las bodas, o algún acontecimiento fuera de lo común, y lo más frecuente era que las fotos familiares se realizasen en un estudio fotográfico, con un fondo que nada tenía que ver con el paisaje del lugar.



Cándido Ibáñez, José Luis Moreno y Avelino Cuenca saliendo de Cervera en dirección a La Estación, gabardina en mano y pinzas en los pantalones incluidas. La bicicleta permitía a los jóvenes acudir a las fiestas de los pueblos cercanos y a otros acontecimientos, aunque no todos disponían de ella y algunos tenían que hacer el camino a pie. Al fondo se puede ver la iglesia de Nuestra Señora del Castillo y los tejados de Cervera, bajo las Peñas Negras.



Pasear alrededor del pueblo eran una de las actividades que los muchachos solían realizar en domingos y festivos. El Otero, La Güera o La Penilla, donde está tomada esta foto, eran los destinos más habituales. En esta imagen de los años cincuenta están, de izquierda a derecha, Piedad Roldán, Angelines Montero, María Jesús Ruiz, Rosa Ibáñez, Jesusa Merino y Merche Montero. Agachadas, Marisol Olea, Petra Arto y Froilana Ligüérsana.



A la izquierda: Según señala Alcalde Crespo, “la iglesia parroquial de San Andrés es una excelente fábrica de cantería gótica, aunque la espadaña que la adorna es herreriana, y la portada de ingreso es un arco de medio punto. Interiormente, se distribuye en una sola nave, cubierto con bóvedas de crucería estrellada. Varios retablos barrocos y neoclásicos conforman su patrimonio, así como una buena pila bautismal renacentista y otra benditera barroca”. Junto a la iglesia se encuentran las casas del vaquero y del pastor del pueblo, a los que cada familia pagaba en función del número de vacas y ovejas que poseía. Para su labor, contaban con la ayuda de otro vecino que era designado de forma rotativa según el sistema de vecería, establecido en función del número de animales que tuviera cada familia. Esta imagen de la iglesia de San Andrés es de mediados del siglo pasado.

A la derecha: El carro era el vehículo más común de la época, y no sólo se utilizaba para las tareas agrícolas. Era el medio de transporte de panaderos, pescaderos y otros comerciantes, que ofrecían sus productos por los pueblos. En la imagen aparece Eugenio Isla, uno de los panaderos de Cervera, junto a su carro cargado con *talegas*, sacos de tela gruesa blanca que servían tanto para transportar el pan como la harina desde el molino hasta la panadería. Le acompañan Valentín Bedoya, Consuelo Delgado, Vicenta Gómez, Dora Cuesta y Josefa Montoya, y subidos en el carro Julián Arto y Antonio Ligüérsana, junto a la huerta de David y la cuadra de Victorina, cuyo lugar ocupan actualmente una nave ganadera y una casa de forma respectiva.



Equipo formado por jóvenes de Ligüérsana antes de disputar un partido en el campo de La Bárcena (Cervera), a mediados de los cincuenta. De pie, de izquierda a derecha, Nisio Ramos, Ángel Gutiérrez, Manolo Pérez *Puskas*, Maxi Mediavilla, Agapito Ruiz, Cándido Ruiz y Mauricio Cuenca, como entrenador. Agachados, José Luis Moreno, Paco Ramos, Doroteo Gutiérrez, Luis Ligüérsana y Felipe Miguel.



José Luis Moreno y Manolo Pérez *Puskas*, jugadores del Club Deportivo Cervera naturales de Ligüérsana, posan acompañados por amigos de su pueblo en el campo de La Bárcena. Sentados, de izquierda a derecha: Asperino Olea, Paco Sebastián (de Cervera), Lorenzo Calvo, José Ruiz, Octavio Mediavilla, Mariano Roldán, Luis Ligüérsana, Jaime Merino, Ricardo Ortega, Valentín Ibáñez y Jesús Ruiz. Agachados, Ángel Gutiérrez, José Luis Moreno y Manolo Pérez, Paco Ramos y Guillermo Miguel.